



Aplec de Rondaies Mallorquines d'En Jordi d'es Racó

Antoni Maria Alcover

El amor de de las tres naranjas

No se había alejado muchas leguas, cuando a la orilla de un río se encontró con una viejecita, que se disponía a vadearlo.

—¡Alabado sea Dios, hermanita!

—Por siempre... ¡Oh, Bernardo, hijo del Rey! ¿Eres tú?—le contestó.

—El mismo. ¿Qué pretendéis hacer?

—Pasar este río.

—¿Estáis buena de la cabeza? No puedo consentíroslo; os arrastraría su corriente y pereceríais. Ahora subiréis en mi caballo, y yo mismo os llevaré a la opuesta orilla. Y como lo dijo lo hizo. La viejecita, agradecida por aquel servicio, al poner el pie en tierra, le expresó su reconocimiento con estas palabras:

—¡Oh, Bernardo, qué favor más grande te debo! ¡Sólo el Señor y nadie más puede pagártelo!

—Eso no merece la pena—contestó el hijo del Rey.

—¿Queréis decirme qué buscáis por estos lugares, para ver si pudiera seros de alguna utilidad?

—Voy en busca del amor de las tres naranjas. Si me supiérais indicar el camino, me prestaríais un señaladísimo favor.

—Sí que os lo puedo decir. No tenéis más que ir siempre adelante, en dirección del punto por donde sale el sol.

—Pero tengo noticias, hermanita, de que he de cruzar un campo lleno de hormigas, otro de animales feroces y un tercero guardado por una serpiente de siete cabezas, y que, pasados estos campos, me detendrá una altísima muralla, que no tiene más que un portal, cuyas hojas de bronce, un su continuo abrir y cerrar, no permiten la entrada a nadie.

—Todo es verdad, como el Evangelio.

—¿Y qué podría yo hacer para que las hormigas no me dijeran nada y me dejasen pasar?

—Llevarles trigo.

—¿Y a los animales feroces?

—Unos cuantos corderos.

—¿Y a la serpiente de las siete cabezas?

—Siete jarras de leche.

—¿Y qué haría con las hojas de la puerta de la muralla, para que dejaran de portear?

—Untar todo el herraje con aceite. Así conseguirás también que los gigantes, sin el estrepitoso ruido de la puerta, se duerman profundamente y te dejen en libertad para hacer lo que quieras.

—¡Muchísimas gracias, hermanita! Tomad esta insignificante limosna—y le entregó un puñado de doblones de a veinte.

La viejecita guardóse en el bolsillo el dinero, y después entregó al joven tres carretes de hilo, uno color verde, otro ceniza y el tercero rojo, y un paquete de algodón, diciéndole:

—Toma esto. Para entrar en el jardín sin que te oigan, envuelve los cascos del caballo con este algodón; para el momento en que te descubrieran y te fuesen a los alcances, ahí tienes esos carretes, de los cuales no tienes más que soltar el hilo. Nada tengo ya que añadirte, Bernardo: sigue tu camino, que Dios te guarde y que te deje llegar hasta donde quieres.

—Amén—respondió el Infante.

Seguro ya de su conquista, emprendió Bernardo nuevamente el camino.

Traducido por Teodor Llorente